

Una vuelta al pasado. Los siglos XVII y XVIII

Juan Carlos Álvarez Torices

Doctor en Medicina y Cirugía. Médico de familia. Centro de Salud Eras de Renueva. León

Llegaba el momento de emprender el camino. Llevaba un año evitando ir a la casa de campo que sus padres tenían en Cernay-la-Ville, en la zona conocida como *La Isla de Francia*. Tan sólo distaba 60 km de París, pero a él le parecían 20.000 leguas. Allí había demasiados recuerdos felices de su niñez que no quería que se rompieran en mil pedazos, como un vaso que se resbala de la mano. Recordaba la casa llena de alegría, con su padre y su madre haciendo las mil y una pequeñas tareas que siempre aparecen cuando uno está en un hogar de verano. A su memoria venían las tardes de calor jugando a las cartas debajo de los sauces del jardín, las mañanas en el río pescando o, más bien, intentando pescar con su padre, y los paseos por el bosque de Saint-Benoit. También recordaba las pequeñas excursiones al Castillo de Saint Jean de Beaugard, al que iban andando pues sólo les separaban cinco kilómetros. En el fondo, tenía la convicción de que el hecho de ir allí, de ver la casa vacía, haría que se desvaneciera ese halo de encanto, esa sensación de felicidad, que envolvía sus recuerdos.

Bajó hasta la calle y se montó en su automóvil. Era un Peugeot 163. Lo había comprado ese mismo año, aunque se fabricaba desde 1919. Muchos de sus compañeros se decantaban por el americano Ford-T, más barato y algo más rápido, pero a él le gustaba este modelo que, además, era francés. Asimismo, tenía una batería potente y un buen motor de arranque eléctrico, lo que le evitaba tener que emplear la manivela, cosa que se agradecía los días con situaciones climatológicas adversas. Le encantaba oír su rugir cuando se acercaba a los 65 kilómetros por hora, que era su velocidad punta. Por desgracia, había muy pocas carreteras con un firme y un trazado que permitieran alcanzar esa velocidad. Decidió quitarle la capota. No parecía que hubiera probabilidades de que la lluvia hiciera acto de presencia. Aun a riesgo de pasar frío, quería sentir el aire en su cara durante el viaje. Hoy, que iba solo, no tenía por qué pensar en el peinado de su esposa ni en los posibles resfriados de sus dos hijas.

Enfocó rumbo a la salida de París. Al fondo se veía la Torre Eiffel, inaugurada para la Exposición Universal de 1889. Recordaba la ilusión con la que estuvieron varias horas en la cola que les permitió visitarla por primera vez. Casi sin darse cuenta ya estaba en Versalles. Veinticuatro kilómetros más de trayecto y logró su objetivo. Todo estaba tal y como lo recordaba. Incluso, como había avisado de su llegada al matrimonio *Signoret*, que estaba encargado del cuidado de la finca en su ausencia, el césped estaba recién segado, desprendiendo ese olor tan característico que te sitúa, de forma casi automática, en plena naturaleza. Abrió la puerta. La luz penetraba por toda la estancia, como en otros tiempos, pues las contraventanas estaban retiradas. Si no fuera por alguna que otra sábana que tapaba los muebles de más valor, sólo le hubiera faltado ver a sus padres para saltar en el túnel del tiempo un par de décadas. Dio una vuelta por la casa y llegó al despacho de su padre. Aún, después de un año, conservaba aquel agradable olor a tabaco de pipa holandés. Allí estaba su escritorio, sus estanterías llenas de libros y su sofá, donde al menos dos horas al día su progenitor se retiraba a leer. Le llamó la atención uno de los estantes. Los libros parecían muy antiguos. Era curioso, pero era la primera vez que se fijaba en él. Lo cierto es que, hace años, tan sólo entraba en esta estancia para decirle a su padre la famosa frase de «la cena está en la mesa».

Empezó a ojear aquellos libros. Lo cierto es que eran maravillas de su tiempo. Por fin entendía aquellas discusiones en las que su madre acababa diciendo «no sé por qué te gastas tanto dinero en unos libros mugrientos y mohosos». Allí estaba casi todo lo referente a su especialidad de los siglos XVII y XVIII. Y dentro de cada uno de ellos una o dos cuartillas manuscritas por su padre, haciendo un pequeño resumen del contenido.

Empezó a echar un vistazo por los más antiguos. Allí estaba un libro de **Thomas Willis (Inglaterra 1621-1675)**. No era el «*Pathologicae cerebri, et nervosi generis specimen*», que recoge los conocimientos que le hicieron famoso en

el campo de la neurología, sino un capítulo del *«Pharmaceutice Rationalis»* de 1674. En él describía la orina de una parte de los diabéticos «como si estuviera impregnada de miel o de azúcar». Era la primera descripción de un signo patognomónico de la enfermedad, la glucosuria. Igualmente, defendía que la diabetes era una enfermedad de la sangre y no de los riñones, separándola en dos tipos: la mellitus (su orina sabía a miel) y la insípida (orina como agua). Por lo tanto, anotó su padre, éste es el creador del término «diabetes mellitus». Por ello, durante varios años a esta enfermedad se la conoció como «la enfermedad de Willis». Había otra pequeña nota, con algo más de sarcasmo: «hace doscientos años había que tener buena lengua y mucho estómago para ser un buen clínico».

Le seguía una carpeta con una serie de antiguos legajos sobre **Jean Baptiste Van Helmont (Bélgica, 1577-1644)**. Fue el padre de la iatroquímica y defendió la teoría sobre los fermentos, a los que llamó enzimas. Se basaba en que éstos desempeñaban un importante papel en los procesos fisiológicos, entre ellos, los que conducían a la diabetes. En una nota destacaba que se negó a utilizar sangrías y purgantes, pues había comparado enfermos con y sin estos tratamientos, buscando como punto final la muerte, y había encontrado que evolucionaban peor los pacientes tratados (*nota del autor: ojo, esto lo hizo 300 años antes del trabajo sobre cáncer de pulmón y tabaco de Richard Doll y Bradford Hill que, clásicamente, se considera el primero en este campo. Es curioso que, durante siglos, nadie relevante siguiera esta metodología*).

Como no, allí también estaba el Hipócrates inglés, el **Dr. Thomas Sydenham (1624-1689)**, un médico que supo unir en su formación lo mejor de Inglaterra, pues estudió en Oxford y se doctoró en Cambridge. Fue el creador del concepto de las enfermedades como especies nosológicas y un gran amigo del opio para calmar el dolor. Su teoría, en lo que a la diabetes respecta, era atribuirle un origen sistémico, situado en la sangre, que se originaba por una digestión defectuosa que hacía que parte del alimento tuviera que ser excretado por la orina. Había una anotación al margen que le hizo pensar. Era una anécdota sobre la respuesta que le dio a su discípulo Richard Blackmore cuando éste le preguntó acerca de un modelo para estudiar medicina. El Dr. Sydenham le respondió: «Lee El Quijote». Esa humildad, por la que una de las lumbreras médicas del momento reconoce que un lego, D. Miguel de Cervantes, describe mejor muchas enfermedades que un docto en la materia, es algo que se extinguió hace muchos años.

El siguiente grupo de papeles correspondía al suizo **Johann Conrad Von Brunner (1653-1727)**, famoso por

describir las glándulas tubuloalveolares en la capa submucosa del duodeno, que aún llevan su nombre. Éste realizó, en 1683, la primera pancreatometomía en un perro de la que hay constancia. Observó que el pobre animal manifestaba un apetito y una sed insaciables. Fue una pena que no relacionara estos síntomas con la diabetes. En una anotación, su padre ponía que, posiblemente, se debía a que, al ser un anatomista desde hace muchos años, sus conocimientos clínicos habían quedado en un lugar recóndito de su cerebro. Es el precio que ha de pagar la medicina por la especialización de sus científicos.

Al abrir el archivador que tenía el título «siglo XVIII» pudo ver, en primer lugar, la publicación de 1776 del inglés **Matthew Dobson (1745-1784)**, en la que comprobó químicamente que la orina de los diabéticos contenía azúcar. También observó el sabor dulce de la sangre de estos enfermos, llegando a la conclusión de que no se trataba de una enfermedad renal.

Le seguía el trabajo, de 1797, de otro británico, el cirujano de la Artillería Real Británica **John Rollo (?-1809)**, titulado *«An Account of Two Cases of the Diabetes Mellitus»*. En él defendía que el azúcar de la orina se producía en el estómago. Por ello, concluía, había que disminuir los vegetales de la dieta, haciéndola pobre en hidratos de carbono y rica en carne, con complementos a base de antimonio, opio y digital. Con ello consiguió la mejoría en algunos casos. Es el primero que distinguió clínicamente la sangre de los diabéticos. Ésta no se corrompía a las dos semanas de ser extraída, cosa que sí ocurre en los normoglucémicos.

Al final estaba un ejemplar del *«London Medical Journal»* de 1788, donde el **Dr. Thomas Cawley (?-?)** describía la autopsia de un enfermo con litiasis pancreática. Achacaba la diabetes del paciente a este hecho. Como destacaba la anotación de su padre, por fin, acabando el siglo XVIII, la ciencia une esta enfermedad con el páncreas.

Bueno, lo había logrado y no era para tanto. Lo cierto es que todos estos recuerdos, lejos de ser dolorosos, le habían proporcionado la paz interior que tanto ansiaba tras la ajetreada vida de París. Había decidido que el próximo verano serían sus hijas las que rompieran el silencio del jardín y, junto a ellas y a su mujer, volverían a dar vida a aquella casa de campo. Continuaría la tarea de su padre y buscaría más testimonios gráficos para rellenar los huecos de la estantería. Ahora sería a él al que reñirían por comprar «libros mugrientos y mohosos» y, por supuesto, por llegar tarde a la cena.

Continuará en el próximo número.